

Religión

DIFERENCIAS TEOLOGICAS EN EVANSTON

¿Dónde está Evanston? El nombre de Evanston ha venido a servir de forma breve para designar la II Asamblea General de las Confesiones afiliadas al Concejo Ecuménico Mundial; de modo que ese "corto" parece bien por razones de brevedad y así lo adoptaremos en este artículo. Pero, por otra parte, parece que se debe evitar esa actitud un tanto pedante de repetir una y más veces un nombre que no dice nada a la imaginación de los que leen; y para ese efecto no será superfluo adelantar unos datos que ayuden a determinar las coordenadas de este sitio —Evanston!— que sirvió de sede a la Asamblea, y entonces de una vez por todas "Evanston" (entre comillas) signifique algo y traiga una imagen real. De otra suerte es de temer que la nebulosidad geográfica admitida y consentida haga sospechar la existencia de imprecisión en los términos teológicos que se han de determinar más adelante.

Localizar a la ciudad de Evanston es fácil. Todos recordamos la situación del lago Michigán con su forma alargada en dirección Norte-Sur. En el extremo sur la ciudad de Chicago empieza a extenderse por la costa oeste y cubre una distancia de 40 Kms. hacia el norte. El límite político de Chicago en el norte es el paralelo 42, y ese es exactamente el punto de partida donde comienza el territorio de la ciudad de Evanston con sus 65.000 habitantes, su Universidad, Northwestern University, y su admirable posición junto al lago. Podríamos decir que Evanston es un suburbio de la gran ciudad gozando de todas las ventajas de las comunicaciones y sin los inconvenientes de la

densa industrialización del área urbana. Y ciertamente, si se busca un sitio céntrico con relación a los delegados que concurrirían desde distintos puntos del país, el área de Chicago llenaba a cabalidad ese requisito.

Allí, pues, en los edificios de la Northwestern University se reunieron 1242 representantes de 132 de las 163 confesiones que forman el Concejo Ecuménico Mundial.

Palabras, palabras y Teología. La duración de la Asamblea comprendió los últimos 17 días de agosto; durante ese tiempo los delegados, divididos en 15 grupos de trabajo produjeron una cantidad enorme de material literario entre discursos y minutos de discusiones. Podremos hacernos una idea de la magnitud de esa producción si recordamos que el trabajo mantuvo "ocupados" 177 secretarios, intérpretes y traductores, más 57 ayudantes y 72 asistentes para el servicio de prensa y radio. La cantidad de papel consumida solamente en hojas mimeografiadas (aparte de los comunicados oficiales para la prensa) llegó a ser de ocho toneladas.

También lo que se ha escrito por más de un año en varios círculos con anterioridad a Evanston ha sido considerable; por consiguiente con mucha razón se puede esperar que salga una cantidad considerable de literatura al respecto comentando la Asamblea misma y tomando la cosa desde sus orígenes, haciendo historia del movimiento ecuménico sin que falten conjeturas sobre su futuro. Por consiguiente al querer relatar sobre Evanston hay que limitarse necesariamente a unos pocos temas y así lo haremos en este artículo presentando sólo una parte del drama interno que en el fondo es un drama teológico.

A través de los documentos publicados que desde luego han sido esmeradamente redactados con un largo proceso de redacciones, correcciones y aun modificaciones a última hora, vamos a intentar descubrir las tensiones internas y las batallas libradas en el corazón y en la mente de las agrupaciones que participaron en los debates.

El Movimiento ecuménico.— El movimiento que persigue la reunión de todas las denominaciones cristianas ha tenido mucho auge a raíz de la última guerra. Se puede definir como un conjunto de actividades que se dirigen a un fin común. Esencialmente pertenece al orden de la acción y no al de la especulación; el movimiento no posee ninguna doctrina ni intenta elaborarla.

Tal actitud es sabia, porque en el

momento en que proponga una nueva doctrina o la base para un credo común, se teme con razón que sólo consiga la formación de un grupo religioso más añadido a la cuenta de las ya existentes, y de esa manera el camino hacia la unidad se torcerá hacia un sucesivo fraccionamiento.

La Iglesia Católica está muy interesada en el Movimiento ecuménico aunque no pertenece a su organización. En este respecto hay un documento importante, la Instrucción del Santo Oficio, con fecha 20 de Diciembre de 1949 (publicado en Acta Apostolicae Sedis, 31 de enero de 1950) este documento disciplinar que sobre todo da normas concretas que rijan los coloquios religiosos, tiene expresiones de aliento y recomienda a los Obispos para que dirijan la participación de los teólogos de la Iglesia en conversaciones interdenominacionales.

En efecto, el movimiento tiende a crear una atmósfera más favorable para todos. Ciertamente los no-católicos conocen muy bien cuáles son los puntos que exige la Iglesia; ahora, muchas veces la distinción entre lo esencial y lo accidental no ha sido suficientemente esclarecida. Bajo la influencia del movimiento la exposición de la doctrina se efectúa en circunstancias más propicias: los participantes podrán ser oídos o leídos con buena voluntad y la doctrina podrá ser presentada en su integridad sin mitigaciones que comprometan.

Es claro que este ambiente no es posible obtenerlo sin un espíritu sobrenatural; espíritu de caridad mutua, de gran paciencia y benevolencia; nada mejor hoy día que olvidar los agravios pasados y arrepentirnos de los que nosotros mismos hemos causado.

Ante los resultados de Evanston.- He aquí una ocasión de manifestar el espíritu de caridad: pronto hemos de relatar las conclusiones a que llegó la Asamblea y qué quedó (si algo quedó) de las ocho toneladas de papel que se escribieron (y la correspondiente cantidad de palabras que se hablaron). Ante esos hechos la actitud prevalente entre nosotros no debe ser de cierto júbilo al ver a los "enemigos sumidos en el reino de la confusión", sino más bien el católico debe portarse como un sereno observador que sabe distinguir los puntos de colisión de aquellos de contacto y reconoce el terreno común debajo de las divergencias. Y conociendo de esa forma las preocupaciones e interrogantes comunes a todos los separados, podrá ofrecerles la Doctrina Ca-

tólica como el remedio común y "tercera" solución de las opuestas dificultades que los dividieron entre sí de una manera para ellos irreconciliable.

Los temas.- El tema principal de la Asamblea fue "Jesucristo, esperanza del mundo"; dentro de las corrientes protestantes, este tema se prestaba para muy diversas interpretaciones. La Asamblea procuró que un representante de las dos tendencias principales expusiera el tema. Portaestandarte de la opinión de la teología protestante en Europa, el Dr. alemán, Edmundo Schling interpretó el tema así: la esperanza que ofrece Cristo al mundo es el verdadero establecimiento de la Iglesia —el Reino de los últimos días—; en el entretanto la misión de los cristianos es la de ser meros testigos de ese Reino porvenir y la de esperar con sufrida paciencia en medio de las vicisitudes de las cosas humanas —pero sin tratar de alterarlas— el segundo advenimiento de Cristo cuando todas las cosas serán restauradas y El y la historia del mundo llegará a una etapa definitiva.

En nombre de la escuela teológica prevalente en Norte América, el Dr. Roberto L. Calhoun insistió en la presencia actual de la Iglesia como realidad histórica. A lo largo de esa línea hizo un llamado a la acción inmediata y a la participación de los cristianos en operaciones conducentes a solucionar problemas de dimensiones materiales: de modo que la esperanza que trae Cristo consiste en el aporte que hace por medio del organismo de la Iglesia para eliminar el descalabro actual y las miserias del mundo doliente.

Parecería que esos dos puntos de vista son producto de sus respectivos ambientes. Europa desconcertada ante la lucha sorda entre comunismo y capitalismo, toma una actitud de abstención ante problemas de índole material y se coloca en un plano de expectación mesiánica. Pero en países donde el progreso está al alcance de la mano y se mide el favor de Dios con los bienes materiales, no es extraño que se tome una posición optimista y no se deje el total reajustamiento para el "último día" sino que se confía en que día por día, hoy y mañana, se pueden dar pasos positivos en la vía del equilibrio social y bienestar humano.

Las raíces de la divergencia.- Aunque inmediatamente, la discusión parece que es alrededor de la constitución y finalidad de la Iglesia, sin embargo, lo que en realidad está en cuestión es el eter-

no tema antropológico: la condición de la naturaleza humana. Y en ese punto las raíces de la divergencia corren más profundas que diversas situaciones económico sociales; todo arranca de las diversas opiniones teológicas sobre la corrupción del linaje humano.—como tal— como consecuencia del pecado original. “Cada hombre, dice la Relación previa presentada a la Asamblea como base de estudio, nace en medio de un orden social profusamente impregnado por las consecuencias de agresiones individuales y colectivas, engaño y egoísmo irresponsable; y cada hombre, nacido en tales condiciones pone de su parte su aporte de malas interpretaciones, falsedades e inicia nuevos caminos de suspicacia, crueldad y odio”. Esta frase, en la verdad está impregnada profusamente de la doctrina protestante de que la naturaleza humana se encuentra básicamente depravada y permanece en su estado interno de corrupción y malicia aún después de la redención que no es otra cosa que un acto jurídico que deja intactas las realidades.

En estas circunstancias, la Iglesia es llamada “pueblo peregrino y extranjero que vive suspirando por el momento en el cual el Señor, que murió y resucitó, se manifestará en su gloria y poder”.

Este modo de ver la misión de la Iglesia enteramente dependiente de un estado irremediable en la condición misma del hombre, es parte de la doctrina de Calvino y hoy día ha sido clamorosamente desenterrada y rediviva en las doctrinas de Karl Barth.

No todos los protestantes; ni los greco-ortodoxos, con mayor razón, siguen la tendencia de Barth; aquellos, sin tener a mano una clara doctrina positiva que oponer rechazan instintivamente el pesimismo y pasividad calvinista. Tal vez esa actitud se deriva de un humanismo liberal post-renacentista; en todo caso hoy día esas disposiciones barthianas están consideradas como terreno abonado para aceptar esa convivencia y “coexistencia” que proponen los comunistas; vemos aquí que de nuevo entran en juego motivos políticos y todo eso contribuyó para que los dos partidos permanecieran en franca división. Se pudo decir que Schling y Calhoun en sus sendos discursos sólo convencieron a aquellos que previamente pensaban como ellos.

“Los acuerdos”.- El resultado fue tal como se preveía. En su Pronunciamiento acerca de la Relación Previa elaborada por un equipo de 32 teólogos y lai-

cos, la Asamblea declara específicamente que no se logró ningún consenso “acerca de la relación que existe entre la esperanza cristiana aquí y ahora y la esperanza (puesta) en los últimos días”.

Tampoco se logró común acuerdo sobre la apreciación hecha (en la Relación) sobre otras filosofías y religiones contemporáneas que presentan a su manera “esperanzas rivales” para los males del mundo. Y precisamente ese antagonismo de las apreciaciones, digamos acerca del Humanismo Democrático y del Marxismo, refleja los diversos puntos de vista teológico que lo motivaron.

Evanston no elaboró ningún sustituto a la Relación ampliamente criticada sino que la envió sin modificaciones a las comunidades afiliadas con la lista de las críticas hechas y con la insinuación de que cada una podría interpretarla y complementarla según iniciativa privada. ¿Acaso no fueron vanos los intentos de redactar un texto definitivo?

La lección.- Ante el hecho, ciertamente no exitoso, de no haber llegado a una declaración unánime sobre cómo Cristo es la esperanza del mundo, la reacción ha sido sana. Muchos se han dado cuenta de que ese tema es una vasta consecuencia de principios teológicos que están en disputa en las filas protestantes; y mientras no exista armonía en los principios no puede esperársela en las conclusiones. Si entonces se tomara ocasión para que en futuras conversaciones semi-privadas se reexaminaran las bases dogmáticas que adoptaron los reformadores en torno a la caída del primer hombre, pudiera decirse que el trabajo de la Asamblea no ha sido vano.

Todavía otra consecuencia promisorra puede sacarse de Evanston y es el caer en la cuenta de lo inadecuado que son —al menos en el presente estado de cosas— las Asambleas Ecuménicas para debatir vastos temas teológicos. Como un editor independiente comenta con cierta gracia. “Para las sucesivas Asambleas generales prepare el Concejo Ecuménico 4 ó más temas teológicos de calibre, por ejemplo: en 1960, la autoridad de la Biblia; en 1960 sobre la naturaleza de la Iglesia; en 1972 sobre la naturaleza de la salvación; en 1978 sobre las bases para el Credo que tenga el Concejo Ecuménico, y si para esas fechas el mundo no ha volado en pedazos, el Concejo mismo ciertamente volará...”

Si esa lección se aprende, y si los sucesivos programas de las Asambleas

se limitan a formar frentes comunes de acción, se verán avances más positivos hacia la unidad que se persigue. Y en presagio de eso, baste observar el tono de las conclusiones de la Asamblea sobre los sub-temas que trataban de cuestiones sociales, políticas y raciales. En esas conclusiones prevaleció una nota de entusiasmo general, un estilo vigoroso e insinuante para compartir las responsabilidades de la hora.

La unión de las Iglesias.- En Evanston el Concejo no abandonó el fin primario del movimiento ecuménico que es "borrar las diferencias de tal forma que no haya razón suficiente para afirmar que las iglesias están divididas".

La subcomisión creada al efecto con el nombre de Fe y orden, se encontró desde el principio con la grave dificultad de que las confesiones se polarizaron según dos tendencias: las primitivas iglesias reformadas (Anglicanos, Luteranos, parte de los Calvinistas) que consideran como marco indispensable para la organización de la iglesia única, la jerarquía y elementos de tradición, martirologio, etc; mientras que las denominaciones liberales de formación ulterior (Baptistas, Metodistas, Iglesias "libres" de América) rechazan incondicionalmente esas bases y sólo admiten la Escritura. Aquellos estiman que el movimiento Ecuménico debe incluir al fin de cuentas a la Iglesia Católica; éstos por el contrario, sin deponer prejuicios seculares, recelan aún del movimiento mismo tal como existe hoy día y temen que se convierta en "un segundo papado no-romano". Los primeros consideran a Evanston con el puro interés ecuménico de los círculos teológicos; los segundos vieron en la Asamblea una gran ocasión para obtener publicidad (y consiguieron muchísima, desde luego).

Con principios e intereses tan opuestos los conatos y manifestaciones de unidad se quedaron en las palabras. Mas de nuevo aquí salta a la vista que lo que impide la unidad son barreras en puntos doctrinales (Escritura, tradición), más que motivos políticos o de otra índole.

Los Greco-Ortodoxos.- En el proceso de polarización antes mencionado (y

que se ha descrito desacertadamente como partidos "católicos" y "protestantes" de Evanston), los ortodoxos griegos formaron un tercer grupo. Denunciaron los intentos reuninistas hasta ahora efectuados como meros juegos verbales. Como única vía de unidad propusieron el retorno a la Fe ortodoxa de los siete primeros Concilios. Cuando terminaron esas declaraciones hubo en el seno de la Asamblea momentos de gran tensión, y gracias a la diplomacia de los que presidían la sesión se tendió un velo de palabras suaves sobre sentimientos de disgusto y resentimiento.

El Arzobispo Ortodoxo Michael, en la actualidad residente en los Estados Unidos usó en esa ocasión expresiones de benevolencia y caridad. Tuvo dos declaraciones que valé la pena recordar: deploró el proselitismo virulento en naciones ya cristianas y propuso que se reanudaran las conversaciones de Malinas (1921-1924) —iniciadas bajo el Cardenal Mercier— para tratar la unión de los anglicanos con la Iglesia Católica.

Conclusión.- Evanston en medio de su tremendo drama teológico (que en última instancia y en lo concreto es un drama de conciencias), y donde sus actores mismos han reconocido la impotencia humana para lograr la unidad y han atribuido a sus pecados el ser la única causa de las divisiones internas, debe promover entre los católicos el más vivo interés por el movimiento ecuménico que en realidad no tiene significado si prescinde de la Iglesia Católica.

Ese interés se traduce espontáneamente en oraciones fervientes para que se cumpla en la tierra la voluntad de Dios en el cielo que es que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

La Encíclica *Humani Generis* condenó un falso eirenismo; es claro que tal desviación no se ha presentado en nuestras naciones latinoamericanas. Si el exceso de un celo falso e inmoderado es erróneo, no por eso deja de existir un verdadero eirenismo que es una aplicación del espíritu de comprensión, humildad, tolerancia, y resumiendo todo esto, de caridad en Cristo.

RAFAEL E. CARIAS, S. J.